

## El gobernador de Ko Kood

Nadie en la aldea de Ban Nong Bua, en la provincia de Khon Kaen, había visto nunca a Sancho Panza llegar tarde a su propia siesta. Era un hombre de cuerpo redondo y filosofía sencilla: comer bien, dormir mejor y no meterse en líos ajenos. Sin embargo, el destino, que tiene mala costumbre de ignorar los planes de la gente sensata, tenía preparada para él una misión extraordinaria.

Todo comenzó la mañana en que su vecino y amigo, Don Quijote Kaewmanee —hombre delgado como caña de azúcar y con la cabeza tan llena de series de Netflix que ya no distinguía la pantalla de la realidad—, apareció en la puerta de su casa con cara de gran noticia.

—¡Sancho! ¡Sancho! —gritó Don Quijote, agitando los brazos como si espantara búfalos—. ¡Ha llegado tu momento de gloria! ¡El universo te llama!

Sancho abrió un ojo. Luego el otro. Consideró cerrar los dos de nuevo.

—¿Qué universo? Son las ocho de la mañana —respondió, jalando su almohada hacia la cara.

—¡Te han nombrado gobernador de Ko Kood! —anunció Don Quijote con una solemnidad que habría emocionado hasta a las piedras—. Una isla entera, Sancho. ¡Tuya! ¡Para gobernar con sabiduría y justicia!

Sancho se incorporó despacio, como quien teme que el mundo se le mueva si se mueve demasiado rápido.

—¿Quién me ha nombrado gobernador?

—Yo —dijo Don Quijote, con total naturalidad.

Había una larga pausa.

—Tú no tienes esa autoridad, Don Quijote.

—Técnicamente no. Pero moralmente, sí. Y en el mundo de los héroes, lo moral pesa más que lo técnico.

Sancho intentó razonar, como siempre intentaba, y como siempre fracasó. Don Quijote llevaba ya media hora hablando sobre responsabilidad histórica, destino manifiesto y una reciente temporada de un drama coreano en la que un hombre humilde se convertía en alcalde, cuando Sancho notó que había comenzado a escucharlo con interés. Eso era mal señal. Siempre que empezaba a escuchar a Don Quijote con interés, acababa metido en algún problema.

—¿Hay comida en esta isla? —preguntó al fin.

—Los mejores mariscos de Tailandia —respondió Don Quijote.

—¿Y wi-fi?

—Posiblemente.

—¿Y aire acondicionado?

—Eso... ya lo averiguamos allá.

Sancho suspiró el suspiro de los hombres resignados, metió dos camisetas en una bolsa de plástico y subió a la camioneta de Don Quijote, que había sido bautizada solemnemente como “Rocinante del Isaan” en letras escritas con plumón negro en la puerta.

El viaje hasta Ko Kood duró dos días, durante los cuales Don Quijote explicó sin parar cuáles serían las obligaciones de un buen gobernador. Sancho durmió la mayor parte del trayecto, pero de vez en cuando abría los ojos y asentía con convicción, lo que su amigo interpretaba como señal de profunda reflexión filosófica.

Ko Kood resultó ser, efectivamente, una isla hermosa: palmeras inclinadas sobre aguas color esmeralda, bungalows de madera con mosquitero, y un pequeño muelle donde los pescadores llegaban cada mañana con su carga de cangrejos y pargo rojo. Lo que Don Quijote no había mencionado era que la isla ya tenía alcalde, un señor llamado Somchai que llevaba quince años en el cargo y que tenía cara de no estar dispuesto a cederlo.

—Usted no es gobernador de nada —dijo Somchai, sentado en su silla de plástico frente a la oficina municipal, con un ventilador pequeño apuntándole a la cara.

—Por el momento —respondió Sancho, con una dignidad que él mismo no sabía que poseía.

Don Quijote ya había desaparecido hacia el otro lado de la isla porque había visto unos árboles que, según él, parecían “encantadores disfrazados”, y había salido a confrontarlos con su palo de escoba.

Así que Sancho, sin haber planeado nada ni pedido nada, se encontró solo, en una isla que no era suya, ante un alcalde que lo miraba como a un cangrejo equivocado. Y sin embargo, algo ocurrió en ese momento que ni él mismo supo explicar del todo: decidió quedarse. No por obediencia a Don Quijote, ni por los mariscos, sino porque en aquel muelle vio a una anciana que peleaba sola para arrastrar su barca hacia la orilla.

Sin pensarlo, Sancho bajó al muelle y empujó la barca. La anciana lo miró sin decir nada. Luego asintió. Ese asentimiento valía más que cualquier nombramiento.

Durante los días siguientes, Sancho gobernó a su manera, que no era la manera de ningún libro de administración pública. Resolvió una disputa entre dos pescadores sobre a quién le pertenecía cierta roca del mar escuchando a los dos durante horas y luego declarando que la roca era de los cangrejos. Organizó la limpieza del muelle porque le molestaba la basura, no porque fuera su deber. Convenció a un pequeño resort de que bajara el precio del hielo para que los vendedores locales pudieran costarlo, argumentando que sin hielo se pudrían los pescados, y sin pescados no había turistas, y sin turistas no había resort. El dueño del resort no pudo rebatirlo.

El alcalde Somchai lo observaba todo desde su silla con el ventilador, cada vez más incómodo. No porque Sancho hiciera algo malo, sino precisamente porque no lo hacía. Era difícil criticar a alguien que solo empujaba barcas y mediaba disputas sobre rocas.

—Usted sigue sin tener ningún cargo oficial —le recordó una tarde.

—Lo sé —dijo Sancho, comiendo su plato de cangrejo con mandioca—. Pero el cangrejo está delicioso. ¿Quiere?

El alcalde rechazó el cangrejo. Pero al día siguiente aceptó.

El problema llegó, como suelen llegar los problemas, de la forma más inesperada: un grupo de inversores de Bangkok llegó a la isla con trajes oscuros, carpetas de colores y sonrisas que prometían demasiado. Querían construir un complejo hotelero en la zona norte, donde quedaban las últimas playas sin resort. Habían hablado ya con ciertos funcionarios del continente y traían papeles con muchos sellos.

Sancho los escuchó sentado en el muelle, con los pies colgando sobre el agua.

—¿Y los pescadores que tienen sus barcas allá? —preguntó.

—Recibirán una compensación justa —dijo el hombre del traje oscuro.

—¿Justa según quién?

Hubo una pausa incómoda.

—Según el contrato —respondió el hombre.

—Ya veo —dijo Sancho, y se quedó mirando el mar un rato—. El problema es que esos pescadores llevan treinta años con sus barcas ahí. No conozco ningún contrato que valga treinta años.

Los inversores intercambiaron miradas. No esperaban resistencia de un hombre gordo con sandalias de goma que comía cangrejo en el muelle.

Esa noche, Sancho reunió a los pescadores, a las vendedoras del mercado, a la anciana de la barca y hasta al dueño del resort que vendía hielo caro. Les explicó la situación con palabras sencillas, sin discursos heroicos ni promesas imposibles. Solo les dijo que si se unían y presentaban una carta formal ante la municipalidad antes de que los inversores formalizaran su solicitud, la ley estaba de su lado. No lo sabía con certeza, pero lo dijo con tanta convicción que todos le creyeron.

Don Quijote, que había regresado de su batalla con los árboles con una pequeña herida en la rodilla y una historia épica que nadie le pidió que contara, escuchó el discurso de su amigo desde un rincón y luego lo miró con orgullo.

—¡Sabía que eras un gran gobernador! —le dijo en voz baja.

—No soy gobernador de nada —murmuró Sancho—. Solo soy alguien que come cangrejo y no soporta la injusticia.

La carta fue presentada. Los inversores, ante la resistencia organizada y la atención que el asunto comenzó a recibir en redes sociales —porque uno de los hijos de los pescadores grabó todo en video y lo subió a TikTok—, decidieron buscar otro terreno. La playa norte permaneció intacta.

El alcalde Somchai, que había firmado la carta junto con los demás, se quedó mirando a Sancho durante un largo momento.

—No está tan mal para alguien sin cargo —admitió al fin.

—Yo solo empujé una barca —dijo Sancho, encogiéndose de hombros.

Al día siguiente, Don Quijote apareció con la camioneta Rocinante del Isaan llena de gasolina, listo para la siguiente aventura. Según él, había leído en su teléfono que en un pueblo de Chiang Rai había un dragón que amenazaba a los habitantes, aunque Sancho sospechaba que se trataba de un lagarto grande en algún templo.

Sancho dudó. La isla era bonita. Los mariscos, incomparables. La anciana le había regalado aquella mañana un sombrero de palma tejido a mano. Era un buen sombrero.

Pero Don Quijote ya estaba tocando el claxon con entusiasmo, y Sancho sabía, por experiencia dolorosa, que ignorar el claxon de Don Quijote no servía de nada.

Metió el sombrero en la bolsa de plástico. Subió a la camioneta. El motor de Rocinante del Isaan tosió dos veces antes de arrancar, como un anciano protestando por madrugar, y comenzaron a avanzar por el camino de tierra que llevaba al muelle.

La anciana estaba en la orilla. Los vio pasar y levantó la mano en silencio. Sancho levantó la suya desde la ventana.

—¿Sabes qué, Don Quijote? —dijo Sancho, mientras la isla quedaba atrás y el mar se extendía brillante bajo el sol de la tarde—. Creo que tampoco me habría importado quedarme.

—Por supuesto que no te habría importado —respondió Don Quijote, muy serio—. Los grandes gobernadores siempre dejan el cargo con el corazón partido.

Sancho pensó en decirle que nunca había tenido ningún cargo. Pero Don Quijote ya estaba explicando la táctica que usaría contra el dragón de Chiang Rai, y Sancho decidió que algunas batallas no valía la pena pelear.

Cerró los ojos. El viento olía a sal y a motor de camioneta vieja. Durmió con el sombrero de palma sobre la cara, y soñó con cangrejos, playas y una anciana que empujaba su barca sola hacia el mar.

FIN